

Todo fué llevado con gran cautela por órdenes de Prim. Un diplomático español, Eusebio de Salazar y Mazarredo, se trasladó a Prusia y habló con Leopoldo. El príncipe no aceptó, pero su negativa no fué considerada como de carácter irrevocable, sobre todo al enterarse Prim de que el padre de Leopoldo, el príncipe Antonio, sentía gran simpatía por la idea de ver a su hijo rey de España. De todos modos resultaba indispensable la aquiescencia del emperador Guillermo I; pero bastaba lo hecho por Bismarck para sospechar, con atinada lógica, cuál había de ser el pensamiento del soberano de Prusia.

Prim —y por órdenes suyas Eusebio de Salazar— guardaba extraordinaria reserva sobre las gestiones que entonces se realizaban cerca de los Hohenzollern. Era un secreto incluso para algunos de los miembros del gabinete; prudencia por demás justificada, ya que levantar el velo de las gestiones era predisponer a Francia al recelo. Hubiera resultado impolítico pregonarlo, tanto más cuanto que el príncipe no acababa de salir de sus dudas y no había dado a conocer todavía su respuesta a Prim. El conde de Reus estaba ya impaciente con el fracaso de tantas gestiones anteriores, en las cuales había quedado siempre empeñado un poco de su prestigio. Tan cauteloso era el proceder de Prim, y tan avaro se mostraba de sus pensamientos, que ha llegado a afirmarse que el propio regente ignoraba las gestiones que en aquellos días se realizaban. El desprecio de Prim por Serrano no podía ser más elocuente.

Llegan a Madrid los representantes de Bismarck, que está intentando tejer con la candidatura española una tupida red para Francia, porque el estadista prusiano considera que, una vez aceptada la corona por Leopoldo de Hohenzollern, la guerra entre Francia y Prusia resulta inevitable. Por lo tanto, es indispensable concertar una alianza entre España y Prusia y sumar sus armas en la contienda próxima. Prim piensa inmediatamente que



Amadeo I de Saboya, por Gisbert.  
(Universidad de Madrid).

Bismarck ha ido demasiado lejos, y en el Consejo de Ministros en que se debate la cuestión, impone el criterio de no aventurarse a tan arriesgado plan; posición explicable por la desconfianza que debía tener en los españoles, desmoralizados por luchas internas, agotados por rivalidades de partidos.

Es indudable que Francia deseaba la guerra, y es también a todas luces cierto que Bismarck no pensaba en otra cosa. Prim había de considerar que la alianza proyectada por el canciller prusiano resultaba al fin beneficiosa, aspecto que aconsejaba una detenida reflexión del asunto. Como buen militar, sabía apreciar el poderío alemán y conocía su preparación técnica. No abrigaba por ello la sospecha siquiera de una derrota germana frente a un segundo imperio francés decadente y más entregado, cada día que pasaba, al fanatismo y a las inspiraciones de la emperatriz Eugenia.

De realizarse el proyecto, Francia se hubiera conformado con reconocer a Leopoldo de Hohenzollern como rey de España, o habría persistido —cosa casi segura— en su intransigencia y, al fin, llegado a una guerra, provocada con cierta inconsciencia e impremeditación. No olvidemos que la emperatriz exclamaba *C'est ma guerre*, y que si los franceses no temían al poderío prusiano, menos habían de detenerse a considerar la fuerza española.

El resultado hubiese sido magnífico para España: el Rosellón, región de Cataluña entregada a Francia después del tratado de los Pirineos —1659—, hubiese podido ser la reivindicación territorial exigida después de la paz; era la última oportunidad histórica que se presentaba para reparar las desastrosas condiciones de aquel vergonzoso tratado<sup>1</sup>. Si años antes el general Ricardos, cuando la

<sup>1</sup> Así terminaba la guerra que sostuvieron —1634-1659— Luis XIV de Francia y Felipe IV de España, seguida de la sublevación de Cataluña conocida por "Guerra de Separación". Luis XIV ambicionaba el Rosellón

guerra contra la República francesa, penetró en el Rosellón y no lo reintegró a la Península, fué por medidas dictadas por el gobierno, ya que en España subsistía el recelo hacia los Países de Lengua Catalana, demasiado reciente como estaba el recuerdo de la guerra de Sucesión<sup>1</sup>. Prim, con un poco de visión del futuro, hubiese podido así reparar el daño y reintegrar el Rosellón a su patria con muy pocos esfuerzos. No sabemos si llegó a pensar en ello; pero duele ver una última oportunidad desaprovechada. Y más aún si consideramos que, como catalán y conocedor de la historia de su patria, debía experimentar el dolor de aquella mutilación vergonzosa, a la que contribuyó en su día un factor negativo: la tendencia castellana de debilitar a Cataluña. Este hubiese sido el timbre de gloria más preciado del general Prim, y en Cataluña, particularmente, su recuerdo sería más que venerado.

Bismarck observa con desprecio el nerviosismo francés. Sigue en sus gestiones y consigue la aceptación de Leopoldo, la conformidad de su padre, el príncipe Antonio de Hohenzollern, y la aquiescencia de Guillermo I. El embajador de Francia en Berlín desconoce mientras tanto las gestiones, y Prim tiene suficiente habilidad para engañar a Mercier Lostende que, desde la embajada en Madrid, comunica a Napoleón III que los rumores son absolutamente infundados.

El 11 de junio de 1870, el conde de Reus alude en plena Cámara a la candidatura del príncipe Leopoldo. La

y Felipe IV no demostró ningún interés en poseer íntegra una nacionalidad que acababa de dar un serio trastorno a España. Los plenipotenciarios españoles, asesorados por los catalanes Miguel Salvá de Vallgornera y Miguel Ferrer, resultaron al parecer engañados, o bien la participación catalana no estuvo a la altura que la cuestión exigía. Del tratado resultó una división geográfica arbitraria, por la cual unos catalanes de raza, de tradiciones y de lengua, pasaron a depender de Francia.

<sup>1</sup> Véase, especialmente, el libro de Angel OSORIO Y GALLARDO, *Historia del pensamiento catalán durante la guerra de España con la República francesa* (1793-95). Villanueva y Geltrú.

noticia llega a Francia y la alarma que produce es seguida a los pocos días por el estupor y la indignación. El 26 de junio, el gobierno español conoce la aceptación del príncipe alemán; pero Prim está fuera de Madrid y Salazar inicia la cadena de indiscreciones que hacen irreparable el daño causado por las primeras noticias.

Prim —según nos relata un amigo suyo catalán, enfrascado también en la política española, Víctor Balaguer<sup>1</sup>— estaba cazando con Lorenzo Miláns del Bosch en los montes de Toledo y regresaba a Madrid cuando la noticia iba ya de boca en boca. Balaguer, junto con otras figuras de la política, se acercó a Prim para felicitarle apenas abandonó su vagón de ferrocarril en la estación madrileña. El conde de Reus se hizo el sorprendido, pero cuando le explicaron que la enhorabuena era por la aceptación del príncipe Leopoldo, Prim, “frunciendo las cejas y estrujando el guante que tenía en la mano” —según nos cuenta Balaguer—, exclamó: “¡Trabajo perdido, candidatura perdida...; y Dios quiera que sea esto sólo!”

De nada le ha servido tanto sigilo en las negociaciones. Salazar, al llegar a Madrid y encontrarse con la ausencia del Presidente del Consejo de Ministros, ha dado la noticia a Nicolás María Rivero, ministro de la Gobernación. Rivero la comunica a Ruiz Zorrilla, Presidente de las Cortes, y éste al director de *La Epoca*, José Ignacio Escobar, quien la da a la publicidad.

Prim intentó desde su despacho del ministerio detener el mal efecto que la noticia había producido en Francia; pero ya no era posible conseguirlo. Napoleón y Eugenia estaban furiosos contra él y lo tildaban de desleal —tan desleal como, a su entender, se portó en la cuestión mexicana—. No es que Prim pensara que la actitud de Francia pudiera ser otra; pero confiaba en que

<sup>1</sup> *Memorias de un Constitucionalista*.

antes de hacer pública la aceptación de Leopoldo de Hohenzollern, en una entrevista con Napoleón III él conseguiría convencerlo de que el candidato no había de constituir ningún peligro para Francia. Este, por lo menos, era el proyecto de Prim. Que hubiese conseguido tal triunfo diplomático, es ya muy dudoso.

Intenta, no obstante, algo parecido. Salustiano Olózaga, embajador de España ante la corte Imperial de Francia, recibe instrucciones y cartas de Prim para Napoleón III, en las que expresa su consideración personal hacia el emperador, quien, desengañado al fin, no quiere saber nada del Presidente del Consejo español. La prensa francesa alcanza ese tono de agresividad que tan sólo se percibe en vísperas de una guerra, y mientras Prim da a conocer oficialmente —5 de julio— a los componentes del ministerio la aceptación del príncipe de la casa de Hohenzollern, las manifestaciones callejeras en París se suceden y señalan a las claras un deseo bélico inexplicable y por demás suicida.

Hay en esos días una febril actividad diplomática. A Sigmarigen llegan, entre el 10 y el 14 de julio, diversos enviados especiales con designios distintos. Uno de ellos es el almirante español Polo de Bernabé, comisionado por Prim para comunicar al príncipe el acuerdo del Consejo de Ministros de España, favorable a la aceptación de Leopoldo. Llega también —y esto es lo más raro— otro comisionado español: José López Domínguez, sobrino del general Serrano, regente del reino. Con la intención de hacer fracasar la candidatura, presenta a Leopoldo los graves peligros internacionales que pueden derivarse de su elección, una vez las Cortes —convocadas para el día 20— lo hayan proclamado rey de España. No faltan tampoco los emisarios franceses y los diplomáticos europeos que sirven al emperador de Francia. Entre ellos figura Stranz, el agente de Rumania, que es quien decide a últi-

ma hora la renuncia de Leopoldo; cosa comprensible, pues el rey de Rumania, hermano de Leopoldo, distingue a Napoleón con un afecto personal que sobrepasa con mucho al de las convencionales fórmulas protocolarias corrientes entre monarcas.

Nada sirvió, ni la renuncia misma, para detener el suicidio del Segundo Imperio. Se fué a la lucha. El 17 de julio, el gabinete francés enviaba a Berlín su declaración de guerra. El único que había salido triunfante era Bismarck, que dictaba al poco tiempo sus durísimas condiciones de paz ante las ruinas de la dinastía napoleónica.

De este cataclismo surgió con más fuerza que nunca la aspiración republicana, alentada por el éxito de sus ideales en Francia, y hasta España llegó —octubre— el conde de Keratry pidiendo auxilio para enfrentarse a los prusianos. El conde de Keratry, miembro de la Defensa Nacional de Francia, reunía una serie de ventajas que podían hacer sospechar a los inspiradores de la idea que eran suficientemente importantes para convencer al Presidente del Consejo. Había estado en México de oficial ordenanza del general Bazaine; de regreso a su patria coincidió con Prim en la crítica de la política mexicana del emperador<sup>1</sup>, y la extendió a la conducta observada por el general Bazaine cerca de Maximiliano de Habsburgo. Las críticas disgustaron a la familia imperial y al gobierno. Keratry, como antes Bismarck, pedía una alianza que se había de traducir en un socorro de ochenta mil hombres. Por su parte, el Gobierno Provisional de Francia prestaría ayuda a la naciente república española.

Prim, con muy atinada razón, no quiso prestarse a tales planes, y aunque Keratry llegó a convencer a Pi y

<sup>1</sup> Además de sus artículos en la *Revue Moderne* hablando del asunto mexicano, publicó: *La Contraguerrille française au Mexique* (1867); *La creance Jecker* (1867); *L'elevation et la chute de l'Empereur Maximilien* (1867).

Margall, a Figueras y a Castelar, no pudo encontrar en él ni la más leve simpatía por su proyecto. Y todo ello, a pesar de que el representante francés le instaba —en un momento en que se habían perdido los candidatos al trono— a que se proclamase presidente de la república. “Mientras yo exista —afirman que dijo Prim a Keratry— no habrá en España república”.

Como era natural ante aquel desbarajuste, el carlismo había reemprendido sus campañas. En julio de 1869 se presenta don Carlos en la frontera de Cataluña acompañado de Tristany, famoso guerrillero. En Pamplona se pronuncian algunos jefes. Dos militares lanzan el grito de “¡viva don Carlos!”, en La Mancha y en Talavera; grito que es secundado, aunque muy débilmente, en Astorga y Toledo. Todo termina como era de prever y como lo señala Cabrera, en pugna ya con la táctica de don Carlos, en ridículo; pero no deja de ser un motivo más de inquietud para los españoles, que están hartos ya de una situación insostenible.

Prim es el único confiado y sereno frente a la crítica que se insinúa incluso entre los mismos progresistas. Pienso nuevamente en el duque de Aosta. Después de una serie de gestiones secretas, el ministro de España en Florencia, Francisco Montemar, escribe a Prim que el rey de Italia le ha dicho que la resistencia del duque “está quebrantada”. El conde de Reus insiste tanto en conseguir una respuesta rápida, demuestra a tal grado su impaciencia en sus cartas a Montemar, que el ministro español ha de advertir al Presidente del Consejo que hay que ir con más cautela si no quiere exponerse a una negativa irrevocable. Pero Prim ve con cierta nerviosidad el panorama político de España: a los tres años de triunfar la Revolución de Septiembre, la obra iniciada está a punto de caer. Un periódico progresista publica en sus columnas

lo siguiente: “¿Qué tenemos en bienestar del país? La intranquilidad y la penosa incertidumbre, la paralización completa de todo movimiento de riqueza, el desengaño, la alarma, la desesperación, el hambre, la miseria”.

Por fin el 10 de octubre, después de más de un mes de incertidumbre, el duque de Aosta acepta la corona de España; pero cuando llega la comunicación oficial<sup>1</sup> y Prim da cuenta de ella a los diputados de la mayoría, todavía hay quien se lamenta de que no se haya escogido a Montpensier o a Espartero. Si no hay entusiasmo en la mayoría parlamentaria, menos lo habrá en plenas Cortes cuando Prim dé a conocer sus gestiones y anuncie el feliz éxito de ellas.

Castelar se aprovechará de aquel ambiente para lanzar una de sus más agudas diatribas contra Prim: “¿Qué sentimientos monárquicos hay en esta Cámara monárquica? Acaban de decirnos que ya hay un monarca, y no ha resonado un aplauso, y no se ha oído un grito de entusiasmo, como si en vez de presentaros un candidato os hubiesen presentado un cadáver”.

Ya no eran sólo los republicanos: los mismos monárquicos se manifestaban inconformes con Prim, divididos como estaban entre tantas candidaturas. Entre los candidatos no faltaba el propio Prim, a quien el diputado Santa Cruz deseaba ver en el trono, como fundador de una dinastía.

Los periódicos de Madrid combatieron la elección y la voz de la aristocracia era favorable a las críticas. Tan sólo en algunas partes, especialmente en Cataluña, aprobaron la designación, no por la designación en sí, sino porque permitía salir de aquella interinidad insostenible.

<sup>1</sup> Estaba redactada en estos términos: “Con asentimiento del Rey mi padre, autorizo para que respondáis a Prim que puede presentar mi candidatura, si cree que mi nombre puede unir a los amigos de la libertad, del orden y del régimen constitucional. Aceptaré la corona si el voto de las Cortes me prueba que ésta es la voluntad de la nación española”.

La obra del Presidente del Consejo no había terminado todavía: era necesario, ante un ambiente francamente hostil, captarse los votos de los diputados constituyentes. Esta tarea, llevada a cabo por Prim, le permitió saber, antes del 16 de noviembre, el resultado de aquella memorable sesión de Cortes que elegía para rey de España a don Amadeo de Saboya<sup>1</sup>.

Cabe pensar ahora —después de la lista de candidatos que el lector ha conocido— en el archiduque Maximiliano de Austria, cuya ambición —o para decirlo mejor, la ambición de su esposa— terminó con su fusilamiento en el Cerro de las Campanas, de la bella ciudad de Querétaro. Cabe pensar en Maximiliano, porque resulta a todas luces verosímil, y más que posible probable, que Prim, por propia iniciativa o bien siguiendo la sugerencia de alguien, hubiese solicitado del hermano del emperador de Austria el favor de aceptar la corona de España. El que lo combatió en México hubiese sido sin duda su adalid en España; el que lo consideró extranjero en el Nuevo Mundo hubiérale tenido por muy capaz en la Península e incluso con derecho a la corona que después de Carlos II el Hechizado pasó a la casa de Borbón. Al hacer estas conjeturas no hemos de olvidar que Prim, como catalán y como militar, había de sentir estimación por el gesto admirable de sus compatriotas: mientras toda Europa había cedido ya y reconocía los derechos de los Borbones en España, Cataluña mantenía sin esperanza, con el orgullo de caer con gloria, la candidatura austríaca.

Que el archiduque hubiese aceptado la corona de España, no sólo lo pregona la tentación a que se entregó en cuerpo y alma cuando la aventura mexicana, sino las cartas que en su viaje a España escribía a su hermano el

<sup>1</sup> El resultado fué: duque de Aosta: 191; república, 63; duque de Montpensier, 27; Espartero, 8; Alfonso de Borbón, 2; duquesa de Montpensier, 1; en blanco, 19.

emperador de Austria. Hay en ellas, además del orgullo de un descendiente de Carlos V, la vaga aspiración a un derecho real hereditario, que cree incólume. Maximiliano, además, hubiese resultado como una reparación a la injusticia histórica que entronizó a los Borbones en España. Este motivo político, hábilmente manejado por Prim, hubiese podido dar magníficos resultados, especialmente en los Países de Lengua Catalana que lucharon antaño con tesón por una causa perdida. Los adictos a la casa de Austria hubiesen revivido después de tres generaciones.